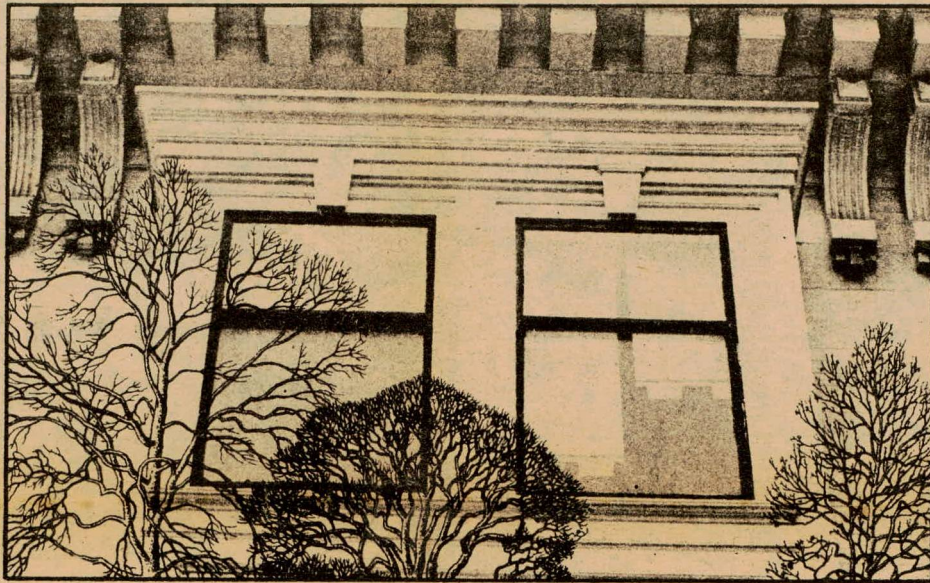


# Reivindicación de la escritura de DON LUIS CERNUDA

ENRIQUE VERASTEGUI

Cada vez que una escritura se institucionaliza (deja de ser crítica —se unidimensionaliza), se produce el germen de otra escritura que vendría a ser el revés y que, aunque secretamente se enfrenta a ese poder, no lo desplaza, pero constituye el centro de una marginalidad mucho más rica, más variada y productiva. A este último tipo de escritura, a este revés que sólo puede mantenerse en el secreto, que sólo puede leerse subterráneamente pertenece la poesía de Luis Cernuda no porque su escritura sea escandalosa sino porque el escándalo reside básicamente en el sujeto receptor, no en el objeto, en el lector que es intolerante. Ocultada, sospechada, intolerada la poesía de Cernuda habla de un saber que es particular, de una sensibilidad que es extraña para el resto de la gente aunque esa sensibilidad haya marcado buena parte del comportamiento de nuestro siglo en las ciudades: la palabra de Cernuda tiene una opacidad que brilla, una helidez que produce quemazón, una profundidad que no existe sino en su textura: espejo a través del cual el lector penetra no para conocer esta poesía, sino para conocerse él mismo porque después de todo quizá ésa sea la finalidad de toda poesía: exorcizar el entramado simbólico del inconciente del lector, como lo dice el psicoanálisis, liberarlo por la práctica de la lectura de ciertos contenidos que permanecen latentes. La poesía de Cernuda es una oferta sin demanda: no encaja dentro de la economía de valores que la literatura en lengua española fue acumulando a lo largo de los siglos, no habla del alma sino del cuerpo, no habla del sacrificio sino del placer, la prohibición se resuelve para él en transgresión: su escritura significa toda una decodificación del clasicismo español, igual como en otras lenguas lo hicieron Trakl, Lautréamont o Cavafis. Por decodificar ese clasicismo, Cernuda fue largamente silenciado y sin embargo él es el punto de partida de toda una literatura (nueva) española en el exilio, físico o espiritual: Juan Goytisolo, Benet, Valente, Ríos, Gimferrer, Trías, Moix. Padre de ellos, su poesía ha sido como dijo Octavio Paz "la palabra edificante". Edificante no sólo para los españoles, también para nosotros.

Nacido en 1902, en Sevilla donde vive y estudia su bachillerato, ingresa en 1919 a la Universidad de esa ciudad para seguir estudios de Derecho (aunque llevó algu-



nos cursos de literatura con Pedro Salinas); ya para ese entonces había leído a casi todos los poetas clásicos españoles, pero también a los románticos que fueron en verdad sus lecturas adolescentes, siendo Bécquer uno de sus predilectos: de allí quizá que el objeto de su poesía sea el amor. Hacia 1924 descubre a Baudelaire, Mallarmé, Lautréamont, Reverdy, Gido cuya lectura en cierto modo le templará su signo: no sentirá más la culpa, y el amor será para él un signo particular, uranista. En 1929 viaja por primera vez hacia París donde vive el furor del cine, del jazz y, sobre todo, del surrealismo que inmediatamente lo sedujo puesto que sus lecturas del contexto simbolista ya lo habían preparado. Por esos años organizaciones socialistas y anarquistas empezaban ya a sacudir España, los trabajadores empezaban a movilizarse: Cernuda no lo piensa dos veces, regresa y se inscribe en una de esas organizaciones, participa en reuniones, seminarios, viaja por toda España en las misiones culturales organizadas por la República. Entre tanto, algunos de sus libros ya se habían publicado. Y en el invierno de 1936-37 ocurre algo que puede parecer inusitado pero que en verdad no obedece sino a una coherencia, a una política de su moral que no elude sino que afirma la moral de su política: se marcha como voluntario de las milicias populares a la Sierra de Guadarrama, era el tiempo en que escritores de todas las lenguas se habían

congregado en España para participar del lado de la República: Cernuda, un "poeta solitario y para solitarios", prueba que puede trabajar para las masas. Pero la República cae, el sueño rueda por los suelos: Cernuda parte hacia el exilio para no volver jamás, de allí en adelante su vida será un largo peregrinar por Universidades europeas, norteamericanas, centro-americanas dictando conferencias y recitales, hablando para la radio, escribiendo artículos y ensayos sobre literatura. En 1963, hacia el amanecer de un 5 de noviembre Cernuda moría en México D.F. En el transcurrir de estos 60 años de su vida, construyó un libro, o mejor, una obra a la que desde el comienzo denominó **La realidad y el deseo** y que es una suma de libros que empezó publicando en 1924, hasta **Desolación de la quimera** en 1962. Ahora, he leído una excelente y muy fina edición de todo Cernuda: **Poesía completa** (Biblioteca Crítica, Barral Ed. 1974) que incluye no solamente los libros o movimientos de **La realidad y el deseo** sino también una segunda extensa parte que complementa la obra cernudiana: poemas excluidos de libros anteriores, poemas publicados en revistas, y traducciones de Eluard, Hölderlin, Wordsworth, Blake, Keats, Yeats, Marvell, Browning, más la traducción en verso del **Troilo y Crésida** de Shakespeare; y un apéndice final con poemas inéditos, traducciones inéditas, entre ellas el primer acto de **Romeo y Julieta**

Hablar de la poesía de Cernuda es hablar de lo transgresivo, de eso que él llamó **Los placeres prohibidos** (1931), tal vez uno de los más hermosos libros de poesía que he leído, el más importante de Cernuda y uno de los más importantes de nuestra lengua. Pero hay un poema al que quiero referirme en especial: "Si el hombre pudiera decir lo que ama" (p. 125), porque allí se condensa, tal vez, todo lo que en Cernuda hay de singularidad, de sensibilidad y de saber: "Si el hombre pudiera decir lo que ama, /Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo /Como una nube en la luz; /Si como muros que se derrumban, /Para saludar la verdad erguida en medio, /Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor, /La verdad de sí mismo, /Que no se llama gloria, fortuna o ambición, /Sino amor o deseo": esa verdad de sí mismo es la verdad de Cernuda que "Proclama ante los hombres la verdad ignorada, /La verdad de su amor verdadero" (p. 125) Quizá la verdad de ese amor verdadero no sea nuestra verdad, ni nuestro amor, pero en cuanto que por ese poema entrevemos una luz que, aunque inasible, permanece inextinguible, podemos llegar a nuestro propio conocimiento, a una verdad en exceso. Creo que de algún modo la parte explica al todo, y que este poema es una reducción condensada de **La realidad y el deseo**: una escritura cuyo referente inmediato es el cuerpo que, por una transfiguración del sentido (y ya sabemos que "el cuerpo es lenguaje" cf. Deleuze), se resuelve en el cuerpo de la escritura, del modo como el cuerpo o su práctica que le es connatural es un significante excesivo, una superabundancia de lenguaje que se opone (se enfrenta) a un significado en defecto, a un estado de cosas que no fueron tocadas por la imaginación, a algo cuyo sentido se carga apenas el cuerpo lo roza: deseo de la realidad, o también puede ser realidad del deseo, no porque se expresa y se fija en un objeto, sino porque ese deseo es la escritura que es el cuerpo reivindicado y porque por esa escritura ya no hay camino para la regresión. El cuerpo puede ser el paraíso que todos esperamos: "Tú justificas mi existencia: /Si no te conozco, no he vivido; /Si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido", pero ya nuestra existencia está justificada: hemos vivido porque ya hemos conocido (amado) el lenguaje. Si no morimos, si trascendemos, es porque ese lenguaje ya amado nos nombra, es decir porque el lenguaje es la perennidad que nos toca.